

ACTO DE PRESENTACIÓN
MEMORIAS DEL CARDENAL
RAÚL SILVA HENRÍQUEZ

© EDICIONES COPYGRAPH

Rafael Cañas 270, Providencia
Primera Edición, Junio 2007
Santiago, Chile

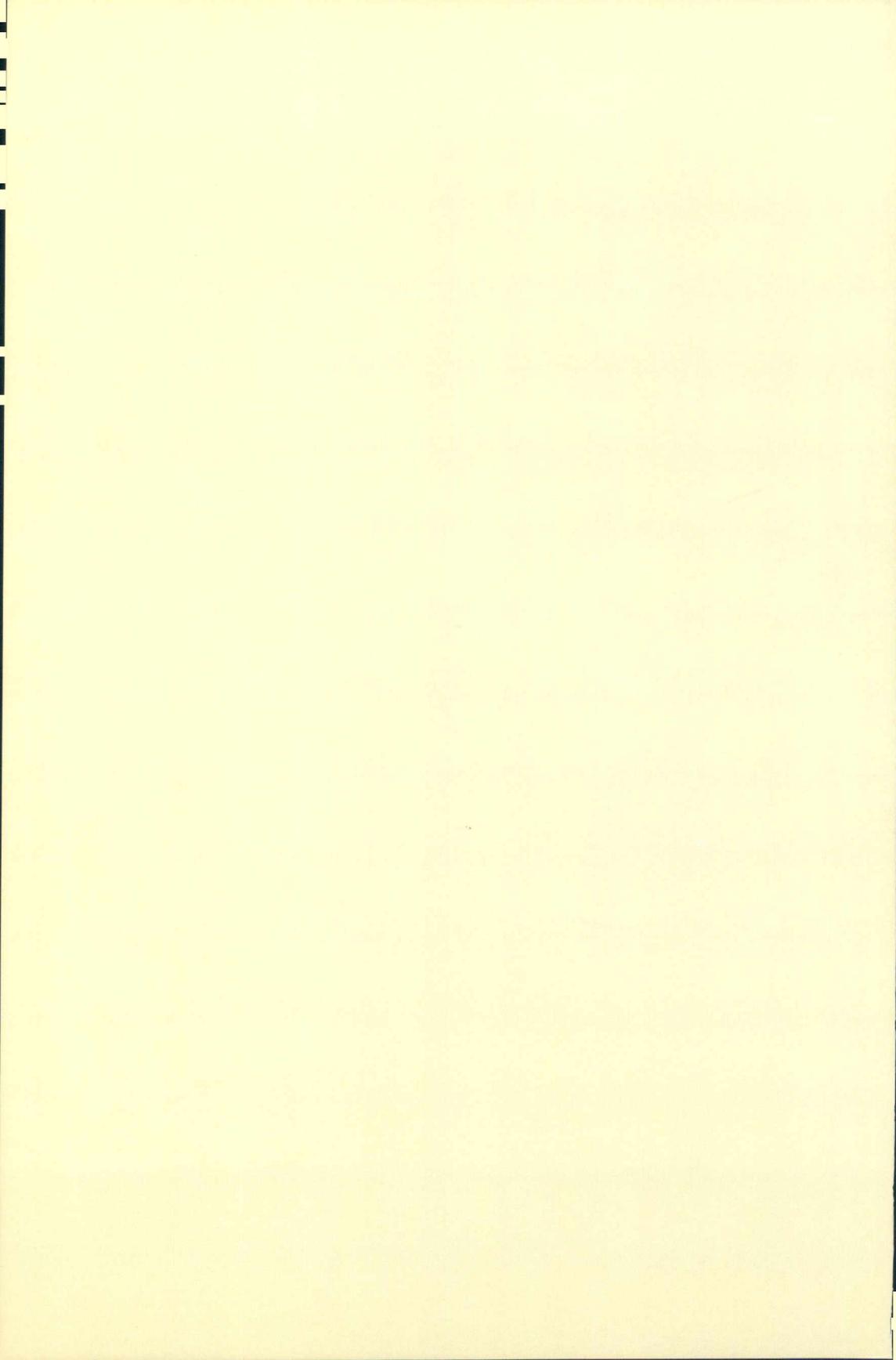
Inscripción N° 163.447
I.S.B.N. 978-956-7119-26-4

Diseño de Portada: Claudio Sapag P.
Fotografía: Claudio Sapag P.
Diseño de Textos: Héctor Chacón O.

**IMPRESO POR IMPRESOS SOCIAS LTDA.
IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE**



· REUNIDOS PREVIO AL ACTO EN EL SALÓN COLORADO DEL CENTRO DE EXTENSIÓN DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA



PROLOGO DE:

- *Pablo Cabrera*

Acto de Presentación

Memorias del Cardenal

Raúl Silva Henríquez

TESTIMONIOS DE:

- *Reinaldo Sapag*
- *Carlos Williamson*
- *Ascanio Cavallo*
- *Alejandro Goic*
- *Patricio Aylwin*
- *Eduardo Frei Ruiz-Tagle*
- *Ricardo Lagos*
- *Michelle Bachelet*

CARTAS DE:

- *Cardenal Tarcisio Bertone*
- *Obispo Ricardo Ezzati*

PROLOGO

La Fundación Cardenal Raúl Silva Henríquez y otras instituciones patrocinantes, quisieron rendir un sentido homenaje a la insigne y querida figura de tan recordado Pastor de la Iglesia chilena al conmemorarse cien años de su natalicio y ocho de su fallecimiento. A los efectos, tuvo lugar un acto solemne en la sede de la Pontificia Universidad Católica de Chile que congregó a representantes de todos los sectores nacionales. Se eligió específicamente para ello la universidad en la cual don Raúl inició sus estudios superiores y donde se impregnó, con exquisita sensibilidad, de la cuestión social en su dimensión más global, cual era la “Doctrina Social de la Iglesia”, a partir de la encíclica “Rerum Novarum” de León XIII. Las características y formas que se difundían a su respecto, incluido el ambiente universitario, fueron suficientes para endilgar el peregrinaje intelectual del joven Silva hasta su discernimiento vocacional que, finalmente, orientó su acción hacia el servicio preferencial por los pobres y los más necesitados. En consecuencia, la imitación de la vida de Jesucristo fue, desde ese momento, el norte de una larga misión pastoral, cualquiera fuera el contexto político, social, económico o cultural en que ella se desarrollara.

Los sendos testimonios entregados en tal ocasión por la Excelentísima Señora Presidenta de la República señora Michelle Bachelet y los tres presidentes que la precedieron en el ejercicio de la Primera Magistratura de la Nación, señores Ricardo Lagos, Eduardo Frei Ruiz-Tagle y Patricio Aylwin, respectivamente, que se recogen en este libro junto al del Presidente de la Conferencia Episcopal Monseñor Alejandro Goic y otros distinguidos personeros, constituyen un aporte sustancial oportuno, histórico, sentido, veraz, solidario y merecido a la memoria de un gran sacerdote chileno quien, exhibiendo una

férrea y, a la vez, sencilla personalidad, se empeñó en promover siempre el Bien Común y, en forma prioritaria y perseverante, con apego al respeto a la vida y la dignidad de las personas.

En consecuencia, lo que se dijo y se recordó esta vez acerca de la obra del Cardenal, vigoriza su impronta personal en una perspectiva ética que sintoniza bien la labor y compromiso de un religioso salesiano con el amor inconmensurable de Dios a la humanidad. Puede sumarse, como una virtud adicional, el hecho que la conducta y actuaciones de su vida revelaron inequívocamente una sólida y acentrada rectitud moral, amén de un amor desinteresado al prójimo.

No podrá resultar extraño afirmar, entonces, conforme a sus calidades y cualidades personales y que dan sello a su magisterio pastoral, que el cardenal Silva fue un hombre universal. Basta colocar su figura sobre el trasfondo de lo que ha sido la historia de Chile en una buena parte del último siglo y de lo que ella a dejado por herencia. Con esa óptica, se pueden apreciar mejor sus características y, a la vez percibir nítidamente a un humanista ávido de anunciar el Evangelio y capaz de captar las necesidades del hombre moderno y, consecuentemente, las sensibilidades de su alma y calidez de su corazón.

Me asiste la seguridad que este libro se transformará en elemento de consulta para quienes deseen reflexionar acerca del porqué este hombre sencillo nacido en Talca un 27 de septiembre de 1907, hijo de don Ricardo y doña Mercedes, supo conquistar sin mayores aspavientos, el cariño y la admiración de su pueblo. Quizás, la respuesta haya que buscarla en varias fuentes; pero, lo que se recoge en el acto motivo de este libro, es algo muy macizo y certero en cuanto a amalgamar lo que el Cardenal Raúl Henríquez dejó a los chilenos. Si se agrega lo que él mismo

dijera acerca del fundador de los salesianos San Juan Bosco, podría ayudar a entender mejor el sentido de su propia vida: “Me fascinó y me costó entender su posición respecto de los pobres...un hombre notablemente moderno y un adelantado de su época, el santo había tenido una visión práctica y dinámica de las cosas y de los fenómenos sociales...Había comprendido, mucho antes que sus contemporáneos y casi un siglo antes que el Concilio, que la vocación de los hombres de iglesia también incluye el respeto a los valores del mundo”.

PABLO CABRERA
EMBAJADOR DE CHILE ANTE LA SANTA SEDE

PRESENTACIÓN

*De Don Reinaldo Sapag Chain,
a nombre de las instituciones organizadoras*

Hace precisamente ocho años, en un día como hoy, 9 de abril de 1999, entregaba su alma al Señor, al Señor que tanto amó, el recordado y querido Cardenal Raúl Silva Henríquez.

El día de su funeral, el pueblo de Santiago salió a las calles en una multitudinaria despedida, nunca antes vista en la historia del país.

¿Qué hizo este hombre para haber concitado tanto aprecio y tanta gratitud por parte del pueblo de Chile?

¿Por qué hoy día, en este recinto su recuerdo es capaz de reunir y convocar a representantes de todos los estamentos de la sociedad chilena?

¿De dónde provenía su enorme fuerza espiritual que fue capaz de ser la voz de los sin voz y llevar adelante sin claudicaciones tantas acciones pastorales trascendentales en los momentos más oscuros de nuestra historia reciente?

¿Por qué, hoy día en este lugar, importantes representantes de la Iglesia Católica y cuatro presidentes de Chile se reúnen en este trascendental acto, para rendirle un homenaje y dar testimonio de su servicio a la Iglesia y a la patria?

Una sola es la respuesta a estas interrogantes: el Cardenal Silva Henríquez amó profundamente al Señor, a su Maestro al cual quiso servir siendo leal a su mensaje de amor a Dios y al prójimo y precisamente por ello es que don Raúl amó entrañablemente a su Iglesia y a Chile.

Se entregó con pasión al servicio de los demás, en especial de los que más sufrían, dando testimonio de coraje, de valentía y de una consecuencia admirable para con los valores cristianos.

Para don Raúl, Cristo fue la única respuesta y ello lo demostró no tan sólo eligiendo como lema episcopal que la “caridad de Cristo lo urgía” sino que esa urgencia la demostró en su accionar y en su férrea voluntad de todos los días de servir a su Iglesia y a sus ovejas.

A nombre de las instituciones convocantes quiero dar las gracias por la presencia de cada uno de ustedes en este acto de presentación de los tres tomos de las Memorias del Sr. Cardenal Silva, documento de gran valor histórico, que se enmarca dentro de las celebraciones por el centenario de su natalicio, el próximo 27 de setiembre.

Dejo con ustedes al Sr. Pro-rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile don Carlos Williamson.

REINALDO SAPAG CH.

Señoras y señores:

En representación del Señor rector don Pedro Pablo Rosso, quien por razones de fuerza mayor no ha podido estar presente, me es muy grato darles una cordial bienvenida a este acto que conmemora el centenario del natalicio del Cardenal Raúl Silva Henríquez, un gran pastor, un gran chileno, un gran defensor de la vida y de la dignidad de las personas.

“Caritas Christi urget nos” , la Caridad de Cristo nos urge, rezaba su lema episcopal y ese amor incondicional al Señor explica su preocupación solícita por los pobres, por los marginados y por los perseguidos...Por todos los que para él representaban al Cristo sufriente y escarnecido, presente en nuestra historia.

Ese profundo amor al Dios Trinitario es la clave de su persona y la respuesta a todas las preguntas sobre sus motivaciones y desvelos, sus acciones y el temple espiritual que lo sostuvo en muchas pruebas.

“Mi palabra es una palabra de amor. He buscado a lo largo de mi vida amar entrañablemente a mi Señor. Si tengo una invitación y un ruego que hacer con vehemencia es precisamente éste: que amen al Señor. Que conozcan su palabra. Que lo escuchen en la oración. Que lo celebren en los sacramentos. Que lo sirvan en los pobres. Y que pongan en práctica su Evangelio en la vida de todos los días”.

Este hermoso párrafo de su testamento, nos revela el resplandor de su fe. Un testimonio de amor incondicional por la Iglesia, por Chile, por los pobres, por los campesinos, y por la Santa Madre de Dios en su advocación de María Auxiliadora.

Hoy, al recordar su persona y su obra, lo hacemos con reconocimiento y gratitud. Sabiendo que el más grande homenaje que podemos hacer a su memoria es continuar la tarea en la que consumió su vida: la construcción de un país de hermanos.

Nuestra Universidad ha querido estar presente en este acto que recuerda a un chileno ilustre. Como comunidad educativa que cultiva un saber iluminado por la fe, la voz profunda de un pastor sensible al dolor humano y apasionado por la justicia y la paz nos conmueve e interpela a proseguir sin vacilaciones en la misión de hacer de Chile una nación auténticamente humana y solidaria. Ese fue su sueño. Esperemos confiados que con la ayuda del Señor ese sueño algún día se convierta en realidad.

Muchas gracias.

CARLOS WILLIAMSON

Agradezco con especial emoción su presencia en este acto, que inicia la conmemoración del centenario del natalicio del cardenal Raúl Silva Henríquez. Lo hago en nombre de quienes trabajamos en las Memorias del cardenal, varios de los cuales ya no están entre nosotros.

Una noche de la primavera de 1989, el cardenal Raúl Silva Henríquez me invitó a cenar a su casa. Lo acompañaba, por supuesto, una de esas estimulantes mezclas de amigos laicos y sacerdotes que hicieron legendarias sus comidas.

Con ellos habíamos hablado, en las semanas previas, de dar un rumbo decidido a unas memorias que se habían iniciado y suspendido varias veces, siempre por motivos personales.

El cardenal tenía cierto pudor de publicar unas memorias que él creía que serían poco interesantes, y que nadie se interesaría en eso. Todos los demás opinábamos lo contrario, por supuesto.

Pero esa noche, yo estaba ahí principalmente para callar, y secundariamente para escuchar lo que el cardenal quería decirme. Como siempre hacía al terminar la comida, el cardenal se incorporó y nos invitó a todos a compartir la “agüita de cebada” que tan bien le venía. Agüita de etiqueta negra, muy bien templada, por supuesto.

Entonces habló sobre las memorias: cuál sería la metodología más adecuada, qué contenidos no debían perderse de vista, cómo traducir en un texto lo que él sentía como las aéreas intervenciones del Espíritu Santo en su vida, de qué manera equilibrar lo incomprendido con lo incomprensible, en fin, Cosas de fondo, muy pocos tecnicismos.

Hasta que inesperadamente pareció recordar una: “Bueno”, dijo, “las ganancias que pueda generar este libro, yo pienso dárselas a las Aldeas de Niños, que tanto lo necesitan...”. Y entonces me clavó los ojos: “No sé qué piensa hacer usted...”.

Entendí el mensaje completo sólo cuando estaba fuera de su casa. De una plumada había eliminado de este trabajo todo asomo de ambición, interés personal o codicia. Sobre todo, la mía. Pero también algo de la suya: no porque pensara que iba a obtener dinero del libro –su astucia jamás imaginaría un best seller, sino porque tampoco quería que éste fuese una hagiografía, ni el relato de una epopeya personal, ni la base de su monumento. Quería un libro humilde y orgulloso.

Uno que pusiera tanto cuidado en sus días de curita de La Cisterna como en sus años de príncipe de la Iglesia Universal.

Uno que prestara tanta atención a las fatigosas tareas de Caritas como al inefable destino que lo convertiría en el principal defensor de los perseguidos en el período más fatídico de la República.

En los siguientes años no volvimos a hablar nunca más de las ganancias. En cambio, discutimos mucho. No peleamos, pero algunas veces se enojó conmigo.

Le irritaba que me costara seguir las genealogías de los siglos anteriores –para un dueño de Chile como él, esto era antinatural. Me regañaba por “politizar” su trabajo en las instituciones de caridad, y luego por no captar los complejos matices políticos de los gobiernos de Frei y Allende. Me hizo reescribir muchas cosas, a veces varias veces. No aprobó ningún capítulo hasta que dispuso hasta la última duda.

Siempre, siempre, tuvo la delicadeza de explicarme, en cada caso, las consultas que había hecho a instancias superiores, y cómo había que entender sus respuestas sin renunciar a la verdad. En los cuatro años en que trabajamos, rehizo enteramente mi idea del poder.

Hasta sus últimos días de lucidez, el cardenal se preciaba de ser “el mejor pedigüño de Chile”. Se sentía capaz de doblegar toda avaricia, de rendir toda mezquindad, de sacudir toda complacencia. Carecía en esto de pudor, como carece el amante ante el amor.

Y en esto el cardenal no era bígamo, sino trígamo: los pobres, Chile, su Iglesia.

Amores desgarrados, sin límites, sin renunciadas. Amores contruidos con paciencia, con cortesía, con delicadeza, pero también a veces con rudeza, con coraje, incluso con ferocidad y arrogancia.

No había cómo reprochárselo: se sentía padre, propietario y miembro de cada una de esas cosas. No habrá habido entre nosotros un aristócrata más seguro de sus pertenencias morales, más dueño de sus creencias, más cierto de sus convicciones.

Me han sugerido que diga qué aprendí de él mientras trabajamos juntos. No lo sé. De los grandes hombres sólo se aprende la propia pequeñez.

Su poderosa voz –me costó mucho comprender esto- vino a instalar entre nosotros la culpa social, la conciencia de que no se construye progreso, ni desarrollo, ni opulencia, cuando no se construye también solidaridad, afecto social, comprensión colectiva.

El cardenal vino a sacudir la modorra de los poderosos, el orgullo de los exitosos, la satisfacción de los talentosos. Vino a decirnos que sólo somos comunidad cuando nos preocupamos de todos, y especialmente de los que se están quedando atrás.

Y vino también a advertirnos sobre la inmensa, la infinita inutilidad del odio. Cuando el odio estaba de moda, cuando el odio era glamoroso, predicó en el desierto hasta casi perder la voz, siempre consciente de que se enfrentaba a las furias de la historia.

Y cuando lo peor llegó a lo peor, supo que ahora haría su prédica en el páramo, porque el odio se había enseñoreado entre nuestras instituciones, nuestros líderes y nuestros hábitos. Y siguió, y siguió, y siguió. Pocos hombres en la historia de Chile habrán sido tan tenaces en su soledad, tan porfiados en el ostracismo de unas decisiones siempre graves.

Culpa social, inutilidad del odio. Dos variantes de un solo principio. Amor al prójimo. Al cardenal Silva Henríquez le tocó interpretar la máxima exigencia de su vocación bajo el apremio de unos años de fuego. No voy a reseñar aquí cómo y cuántas veces se jugó por esto. Sólo diré: hizo lo que pudo.

Por suerte para todos, lo que hizo constituye uno de los mayores legados morales de nuestra época. No sé si aprendí algo de él. Lo que sé es que echo de menos la voz solemne, intimidante, atronadora, con que nos repitió por tantos años la mejor de las monsergas: culpa social, inutilidad del odio.

ASCANIO CAVALLO

*Intervención del Ex presidente de la Republica,
Don Patricio Aylwin Azócar*

Señores y señoras,

Es para mí un honor participar en este acto de homenaje a nuestro querido Cardenal Raúl Silva Henríquez, al conmemorarse el octavo aniversario de su fallecimiento.

Hombre de profunda fe cristiana, servidor abnegado de su Iglesia, “Don Raúl, -como le decíamos sus muchos amigos- fue, sin lugar a duda, una de las personalidades más vigorosas de nuestra historia patria en el siglo que recién acaba de concluir. Supo conciliar en su persona atributos que rara vez se juntan en un ser humano: la sencillez y franqueza del hombre de campo con la fuerza de sus convicciones, la prudencia del hombre práctico con la visión y el coraje del idealista. Su palabra, siempre franca, clara y certera, no sólo reflejaba su profunda convicción en lo que decía, sino que también solía adquirir caracteres de visión profética.

Uno no sabía que admirar más en este Príncipe de la Iglesia: si su sencillez humana o su sabiduría, firmeza y dignidad en el ejercicio de su autoridad episcopal.

Al oírle narrar por qué eligió a la Congregación Salesiana para realizar su vocación religiosa y como estuvo a punto de verla frustrada por su dificultad física para arrodillarse, se reconocía su sencillez y humildad de siervo de Dios.

Al escucharle, en días tristes de la historia patria, su lección magistral sobre “el alma de Chile” que describía como “el amor a la libertad y el rechazo a toda forma de opresión, la primacía de la fe sobre cualquier forma de idolatría, la tolerancia las opiniones divergentes y la tendencia a no extremar los conflictos, sino procurar resolverlos mediante relaciones

consensuales”;no se podía sino admirar su sabiduría, coraje y patriotismo.

Al recibir su socarrona invitación a saborear una “aguita de cebada” que le gustaba compartir con sus amigos, uno apreciaba al ser humano sencillo y fraterno, enamorado de la vida.

Y al oír tronar su voz cuando despidió en la Catedral a su amigo Eduardo Frei Montalva, repitiendo las palabras evangélicas: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino...

Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber”, etc., quienes lo escuchamos sentimos en sus labios la voz de la justicia.

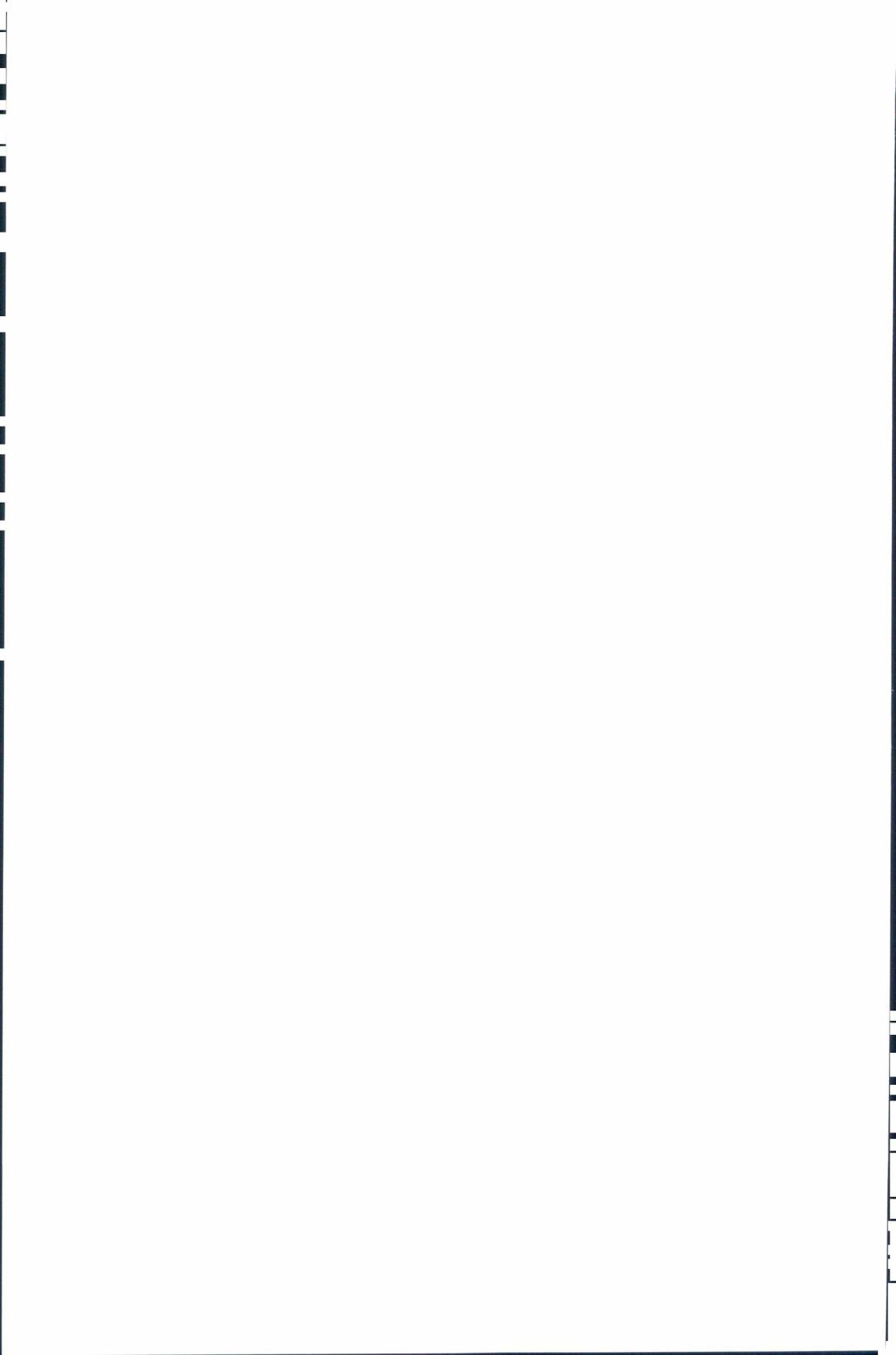
Don Raúl puso todos estos atributos de su personalidad al servicio de la Iglesia y de Chile. Y siendo Cardenal, en el momento en que la crisis política y económica del país se hizo más aguda, tomó la iniciativa de llamar a la búsqueda de un entendimiento. El 16 de Julio de 1973, el Comité Permanente del Episcopado emitió un documento titulado “la paz de Chile tiene un precio”, en que llamaba a los grupos sociales y políticos a dar “los pasos necesarios para crear las condiciones para un diálogo que haga posible un entendimiento”.

Diez días antes, hablando en el Senado en mi calidad de entonces Presidente del Partido Demócrata Cristiano, principal fuerza de la oposición en ese tiempo, había reiterado formalmente “nuestra disposición al diálogo racional y democrático”, haciendo ver que “no hay diálogo posible bajo amenaza o intimidación”. Ante el llamado del Cardenal, pocos días después, y sobreponiéndome a la profunda desconfianza que prevalecía entre mis camaradas al respecto, acepté la invitación al diálogo

que nos hizo el Presidente Allende y el 30 de Julio concurrí a la Moneda junto con Osvaldo Olgún, Vicepresidente entonces de nuestro Partido, a reunirnos con el Presidente Allende y algunos de sus Ministros. Aunque en las dos reuniones que tuvimos ese día no llegamos a acuerdo y el diálogo se interrumpió, invitado nuevamente por el Cardenal Silva Henríquez volví a reunirme con el Presidente Allende en casa del Cardenal en una cena que nunca olvidaré. Fue un encuentro mutuamente respetuoso, dramático pero cordial, que se prolongó hasta avanzadas horas de la noche, que don Raúl relata en sus memorias. Lamentablemente, no logró las soluciones que él, yo –y creo que también Salvador Allende- esperábamos. Todos sabemos lo que vino después.

Una vez más don Raúl había procurado servir a Chile en fiel cumplimiento de su lema episcopal: *“La Caridad de Cristo nos urge”*.

PATRICIO AYLWIN AZOCAR



*Intervención del Ex Presidente de la República y
actual Presidente del Senado, Don Eduardo Frei Ruiz-Tagle*

Vengo a recordar a un hombre excepcional que marcó el caminar de nuestro país en la segunda mitad del siglo XXI. Vengo a recordar a un hombre de Iglesia que predicó y practicó intensamente el Evangelio y que se propuso vivir con singular fidelidad, dedicación y entusiasmo el testimonio de Cristo, poniéndolo al servicio de todos los chilenos, cualquiera fuera su condición.

Sin ninguna duda, el Cardenal Raúl Silva Henríquez representa lo mejor de lo nuestro, el más bondadoso y el más sabio. Por eso es que hoy, cuando nos volvemos a encontrar con su palabra profunda y llena de humanidad, no puedo sino evocar su figura y reflexionar sobre su legado de amor, solidaridad y esperanza.

Su carismática personalidad removía conciencias y movilizaba espíritus. Tuve la inmensa fortuna de conocerlo de muy cerca y hasta el día de hoy me conmueve la fuerza de su mensaje y la consecuencia de sus actos.

Fueron sus enseñanzas, que recibí de mi experiencia personal con él, lo que me impulsó a entrar al servicio público para trabajar especialmente por aquellos que constituían su principal preocupación: los sectores más marginados de nuestra sociedad.

Un Pastor excepcional

“Quiero un país donde reine la solidaridad”, nos decía el Cardenal. Ese ideal era un llamado a la acción, una invitación a servir, a ser solidarios. Y es que él vibraba con las inquietudes de los pobres y de los campesinos, entusiasmaba a los jóvenes e inspiraba nuestra nuestra jornada diaria.

Se sintió llamado a responder a la realidad del Chile de su tiempo. A través de Cáritas puso sus ojos en quienes tenían hambre para darles de comer.

Como Salesiano se comprometió fuertemente con la obra educadora de su congregación, construyó escuelas y encabezó la primera campaña de alfabetización que se realizó en Santiago. Fundó el Instituto de la Vivienda para darles una casa digna a quienes no tenían techo. Estuvo con los campesinos para apoyarlos en su aspiración de tener un pedazo de tierra para cultivar. También fijó su mirada en los niños abandonados y creó una aldea donde los rodeó de afecto y ternura. Frente a los abusos que sufrían los obreros y las organizaciones sindicales, su respuesta fue promover una Vicaría para que les brindara asistencia.

En el tiempo de las persecuciones, la tortura y las desapariciones de personas, él estuvo ahí -junto a los oprimidos- para alzar la voz y exigir respeto a los derechos humanos a través del Comité Pro Paz y la Vicaría de la Solidaridad.

Larga y fecunda fue la obra del Cardenal Silva Henríquez. Fue la voz de los sin voz, la que se escuchó fuerte e intrasigente ante la mentira, la violencia y la injusticia. Estuvo con todos los chilenos y, tal vez por eso, una minoría lo miró con desconfianza y fue objeto de críticas y descalificaciones muchas veces injuriosas que él no merecía.

Lo dije el día de su funeral y lo repito esta mañana: ¡Cuánto dolor y derramamiento de sangre habríamos evitado si hubiésemos acogido su palabra! Pero nunca es tarde. Aún estamos a tiempo de acoger su legado. Aquí están sus Memorias, material

imprescindible para ser mejores personas y para tener un mejor país. En estas páginas podremos comprender cabalmente la magnitud de su obra, su amor a Chile, la profundidad de sus convicciones y su entereza para enfrentar las más variadas situaciones, virtudes que le permitieron ganarse la admiración, respeto y gratitud de los chilenos.

Cuando nos preparamos para conmemorar el centenario de su nacimiento y a ocho años de su partida, aún sentimos su presencia. Todavía escuchamos su llamado a hacer posible la construcción de la obra más bella: la Patria, tarea que se hace diariamente derribando los obstáculos que se interponen en nuestra convivencia, aceptando nuestra diversidad y reconociéndoles a todos los mismos derechos.

El Cardenal Silva Henríquez nos desafía permanentemente. Por nuestras divisiones nos enseña a ser generosos; a buscar acuerdos para enfrentar el futuro; a proponer soluciones más que a imponer nuestros puntos de vista; a ser humildes reconociendo nuestras debilidades y desechando los orgullos y prejuicios. En definitiva, a hacer de Chile un “país de hermanos”.

Yo quisiera, para concluir, ya que sólo se nos ha pedido un breve testimonio, señalar que tuve el privilegio de conocerlo y convivir muchas horas con él. Lo conocí a comienzo de los años 60 cuando él había sido nombrado Obispo de Valparaíso y el Administrador Apostólico de Santiago era don Emilio Tagle.

Aquí en este mismo recinto funcionaba el Instituto de Humanidades Luis Campino siendo yo alumno cuando el Cardenal Silva fue nombrado Arzobispo de Santiago y don Emilio Obispo en Valparaíso.

En esos momentos se decía que el Obispo más progresista, el más amigo de los demócratas cristianos se lo llevan a Valparaíso y que a cambio se traía a Santiago al Obispo de Valparaíso que era más conservador. Así llegó don Raúl a Santiago, y dada su amistad con mi padre, pude conocerlo en mi hogar.

Quisiera relatar dos o tres momentos muy importantes en mi vida. El primero de ellos fue en la Clínica Santa María el año 1982, cuando mi padre recién había muerto en ese lugar. Entonces le cuento de las dificultades que teníamos con el gobierno respecto a como se efectuaría el funeral. No nos pusimos de acuerdo con los militares como llevarlo a cabo. Al día siguiente me junté con don Raúl en la sacristía de la catedral y le explico el impasse en que nos encontrábamos con las autoridades militares. El Cardenal después de conversar un largo rato me dice: que te parece que hagamos dos misas, una en la mañana que sería la misa oficial donde vendrán las autoridades de gobierno y en la tarde haremos otra misa donde lo despedirá el pueblo de Chile y sus amigos. Y así fue, y entramos en la mañana a una catedral vacía con todo el gobierno a un lado y al otro lado sólo estaba yo en representación de la familia.

En la tarde se hizo la misa con el pueblo de Chile en donde el Cardenal pronunciaría esas hermosas palabras que recordaba don Patricio y que nunca jamás olvidaremos. No había nadie más en el templo catedral y todas las calles adyacentes se encontraban atiborradas por el pueblo de Santiago que quería despedir a su presidente. Después, en la noche, nos juntamos con don Raúl en la casa de mi madre y me dijo: ahora que tu padre se nos fue, cada vez que necesites conversar, hablar de cualquier tema, mi casa está abierta; y ahí estuve tantas veces

con él, primero en su casa de Simón Bolívar y luego en la casa de calle los Pescadores.

Recuerdo que el año 1987 recorriamos con Sergio Molina el país por la campaña de elecciones libres, y yo tenía que tomar la decisión de seguir con mi trabajo en mi empresa o me dedicaba al servicio público. Entonces me fui hablar con él y le conté en qué estaba, me toma del brazo y me dice: no tengas ninguna duda, si vas a trabajar por Chile, por su libertad, por su democracia, por los pobres de Chile ¡adelante! y ahí terminó la conversación, puesto que la decisión ya estaba tomada y entonces me dice: esto tenemos que celebrarlo y ya sabemos como lo hacía. En otra oportunidad, Miguel Ortega capellán de La Moneda, me dice que el Cardenal está muy mal y que se moriría en cualquier momento. Entonces le digo que tenemos que ir a verlo a la Casa de Salud que disponen los Salesianos en Macul. El problema es que ya no conoce a nadie me dice el padre Miguel.

Cuando íbamos camino a la Casa de Salud le digo: cómo no le vamos a llevar nada al Cardenal, llevémosle unos pasteles. Nos paramos en el camino en una famosa pastelería para comprarlos. Mi primera sorpresa es que me conoció instantáneamente y entonces nos sentamos a tomar café, le entrego los pasteles y empezó a comérselos sin dejar ninguno. Al poco rato decidimos dejarlo descansar y entonces él me tomó nuevamente del brazo, igual como lo había hecho en su casa de los Pescadores, y me dijo: “no se te olvide lo que conversamos, hay que seguir trabajando por los pobres y por este país”. Nos despedimos emocionados.

Yo sabía que no lo volvería a ver y así fue, puesto que tiempo después el Cardenal fallecería. El día de su funeral el pueblo de Chile sale a las calles a despedirlo en un gigantesco gesto de gratitud. La multitud, acompañando su féretro llega hasta La Moneda con su cuerpo sin vida y yo, junto a todo mi gabinete en un simbólico acto de Estado, le di mi último mensaje de despedida a este hombre excepcional que marcó mi vida.

EDUARDO FREI RUIZ-TAGLE

El Cardenal Raúl Silva Henríquez está en el corazón de millones de chilenos gracias al testimonio de grandeza espiritual que dio, a la cabeza del Arzobispado de Santiago y de la Conferencia Episcopal de la Iglesia Católica, en una época oscura y dramática de nuestra historia.

El Cardenal Silva Henríquez hizo cuanto estuvo a su alcance para buscar una salida racional al conflicto político de 1973 y evitar el derrumbe de las instituciones democráticas. Por desgracia, sus esfuerzos no bastaron. Consumado el golpe de Estado, suscribió junto al Comité Permanente del Episcopado un pronunciamiento nítido "Nos duele inmensamente y nos oprime la sangre que ha enrojecido nuestras calles, nuestras poblaciones y nuestras fábricas -sangre de civiles y sangre de soldados- y las lágrimas de tantas mujeres y niños. Pedimos respeto por los caídos en la lucha y, en primer lugar, por el que fue hasta el martes 11 de septiembre el Presidente de la República. Que se acabe el odio, que vuelva la hora de la reconciliación".

La Iglesia creía entonces –como tantos otros- que el régimen de fuerza sería transitorio y que los militares efectivamente se proponían restaurar el orden institucional, para lo cual era necesario cooperar con tal objetivo. Sin embargo, esto no hizo dudar al Cardenal respecto de sus deberes. El 24 de septiembre de 1973, cuando el sufrimiento y el luto se extendían a través del país, acudió al Estadio Nacional abarrotado de detenidos.

Allí dijo: "Quizá muchos de ustedes no me conocen. Me llamo Raúl Silva Henríquez, soy Cardenal de la Iglesia Católica. Represento a una Iglesia que es servidora de todos y especialmente

de los que sufren. Quiero servirlos y, tal como Jesús, no pregunto quiénes son ni cuáles son sus creencias o posiciones políticas. Me pongo a disposición de los detenidos...".

El 9 de octubre, la Iglesia Católica concurrió, junto a otras instituciones religiosas, a la formación del Comité Pro Paz, que desempeñó una inmensa labor de auxilio de las víctimas de la represión hasta fines de 1975. Obligado a poner fin a la actividad de dicho organismo, el Cardenal adoptó poco después una decisión de significado histórico: crear la Vicaría de la Solidaridad, al alero del Arzobispado de Santiago. Esta es probablemente su obra mayor, porque fue gracias a la indoblegable acción humanitaria de la Vicaría, gracias a la abnegación y los desvelos de quienes allí laboraron, que muchos compatriotas encontraron apoyo en los años de la inclemencia.

La Vicaría representó el humanismo consecuente y salvó muchas vidas. ¡Cómo no agradecer con emoción todo lo hecho por los valientes trabajadores de la Vicaría, a quienes inspiró y guió el Cardenal Silva Henríquez!

Mucha gente noble merecería hoy reconocimiento y gratitud. Junto al Cardenal hubo numerosos sacerdotes y religiosas, además de laicos, que trabajaron sin descanso por aliviar los dolores del pueblo chileno. Quisiera recordar en este día a dos obispos que dejaron un recuerdo imborrable en mucha gente sencilla: me refiero a don Enrique Alvear y a don Fernando Ariztía.

Hay que decirlo claramente: en los años de la dictadura la Iglesia Católica, con el Cardenal Silva Henríquez a la cabeza, le dio al país una lección imperecedera en el ámbito moral y de los principios de civilización. Antes de 1973, la expresión

“derechos humanos” prácticamente no formaba parte del lenguaje político, académico o periodístico en Chile. Dábamos por hecho que estábamos a salvo de la arbitrariedad.

En realidad, no teníamos conciencia cabal del valor determinante de ese cuerpo de principios ni de la preeminencia que tenían la paz, la libertad y el derecho para construir una sociedad más justa. Lo aprendimos a un costo muy alto, y en ese proceso de aprendizaje el magisterio de la Iglesia fue decisivo. Es hora de que todos lo reconozcamos sin ambages, más allá de cualquier diferencia filosófica o religiosa.

Defender los derechos de quienes piensan como uno es una respetable expresión de los lazos de compañerismo que son propios de cualquier grupo humano. Lo verdaderamente difícil es defender los derechos de quienes piensan distinto, incluso muy distinto, porque sólo en tal caso la adhesión a la cultura de los derechos humanos refleja genuina convicción. Y la Iglesia Católica lo hizo. No discriminó entre quienes sufrían y expresó el amor al prójimo en las palabras y en los hechos.

Hoy entendemos mejor que, tratándose de la vida social, nada es más importante que el respeto de las garantías individuales y que no puede aceptarse forma alguna de avasallamiento de las personas, cualesquiera que sean las banderas ideológicas o políticas que se enarbolan.

De la dura experiencia de la dictadura debemos extraer una lección definitiva: los derechos humanos deben ser defendidos en toda circunstancia y en todo lugar, y tal defensa no puede depender de quiénes sean las víctimas y quiénes los victimarios.

El Cardenal encarnó la defensa vigorosa del alma de Chile, entendida como el acervo de valores que dieron identidad

a la República, en primer lugar el amor a la libertad.

Esa causa, que vibró en sus homilias en los años sombríos, dio luminosa universalidad a su misión e interpretó a chilenas y chilenos de muy diversas creencias y filiaciones.

En su momento –como ocurrió con el Padre Hurtado– fue incomprendido y atacado por muchos. El Cardenal estaba conciente de ello, pero entendía que había allí un testimonio moral al cual no podía renunciar.

En ese momento oscuro y de negación de las instituciones democráticas, la república, en su sentido más profundo, el alma de Chile, encontró una voz que pudo ser hostilizada pero nunca acallada. Fue la voz de una iglesia, lo que permitió al hilo republicano no cortarse, sino que resistiera hasta que fruto de tantas voluntades y sacrificios de muchas y muchos, la República volviera a ser esa realidad sólida que ha construido la democracia y cuyo patrimonio debemos cuidar y proteger.

Los valores defendidos por el Cardenal fueron la base sobre la cual se construyó la gran convergencia de fuerzas que nos permitió recuperar la democracia. No podemos olvidarlo. La herencia de este chileno entrañable está hoy viva en la acción de su Iglesia por supuesto, pero también en las instituciones y la convivencia que hemos sido capaces de construir.

Está en la cultura de la solidaridad, en el espíritu de tolerancia y de diálogo, en la voluntad de tener un país más justo y cohesionado, en el compromiso con los derechos humanos. Pero su mensaje es exigente: tenemos que seguir trabajando, con pasión y tenacidad, por la humanización de la sociedad.

¡Gracias, don Raúl, por todo lo que usted hizo por la Patria!

RICARDO LAGOS ESCOBAR

Vaticano, Roma 09 de Abril de 2007

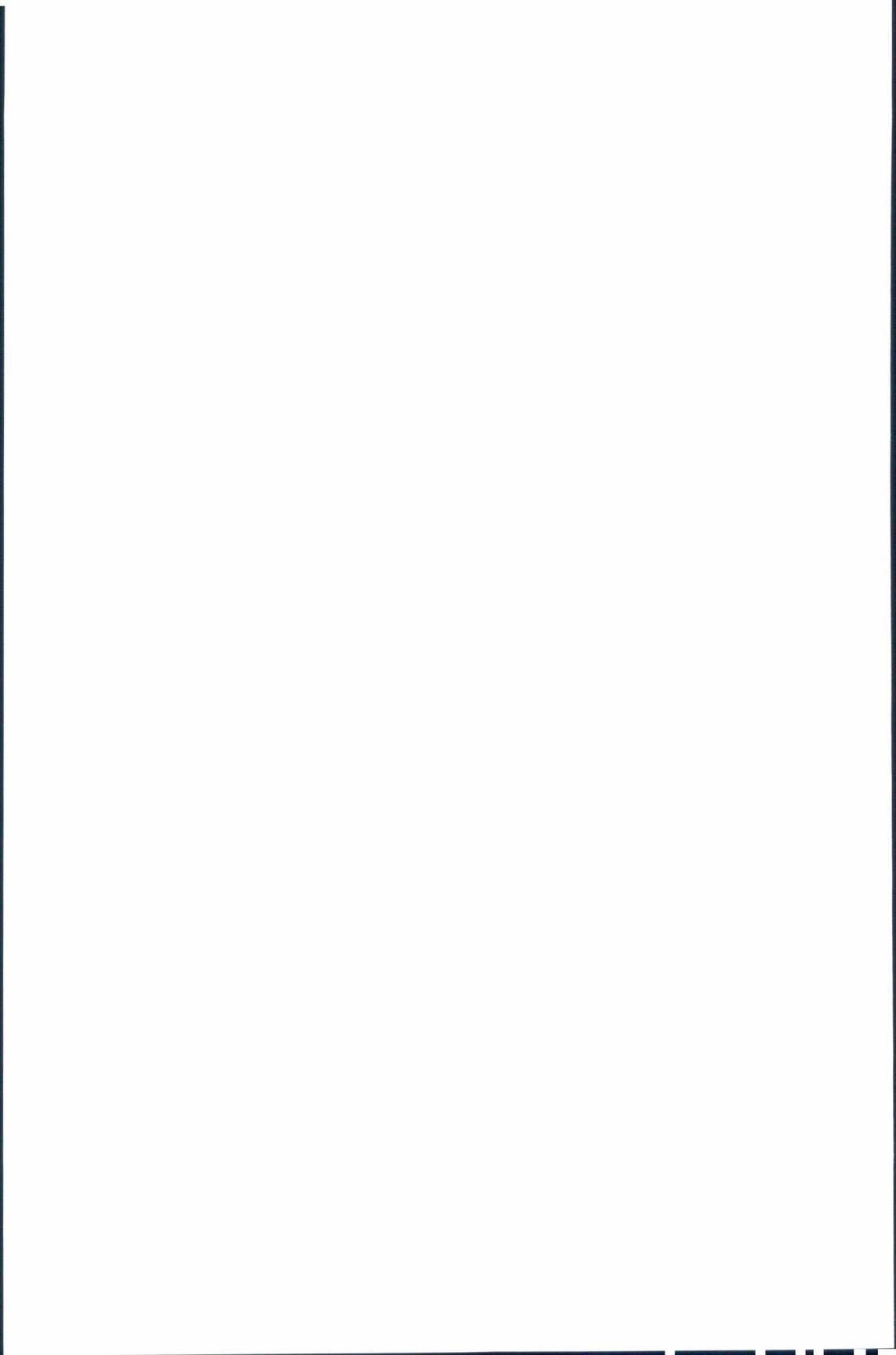
*Carta enviada por el Secretario de Estado Vaticano,
Cardenal Tarcisio Bertone*

*“MONS. TOMÁS GONZÁLEZ MORALES, SDB
OBISPO EMERITO DE PUNTA ARENAS
VICEPRESIDENTE DE LA FUNDACIÓN
CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ
SANTIAGO*

Con motivo de la presentación de las memorias en homenaje a la vida y obra del Cardenal Raúl Silva Henríquez, que tiene lugar en la Pontificia Universidad Católica de Chile, como inicio de los actos conmemorativos del centenario de su nacimiento, quiero unirme a dicho gozoso acontecimiento, habiendo conocido personalmente y apreciado la altura espiritual y moral del cardenal salesiano, al mismo tiempo, pido al Señor que las celebraciones a lo largo del presente año, así como la publicación de sus memorias, de alto valor histórico y testimonial, ayuden a la construcción de una sociedad más fraterna donde la paz impere siempre como fruto de la justicia, del amor y de la libertad, haciendo siempre actual el lema episcopal del tan recordado cardenal, “Caritas Christi urget nos”.

Asimismo le ruego que tenga la bondad de transmitir estos sentimientos, así como mi deferente saludo, a los obispos de esa nación, a las autoridades civiles y a cuantos participan en este solemne acto.

**CARDENAL TARCISIO BERTONE
SECRETARIO DE ESTADO**



*Carta del Arzobispo de Concepción,
Monseñor Ricardo Ezzati*

*EXCELENTISIMO MONSEÑOR
MONS. TOMÁS GONZÁLEZ MORALES, SDB
OBISPA EMÉRITO DE PUNTA ARENAS
VICEPRESIDENTE DE LA FUNDACIÓN CARD. SILVA H.
SANTIAGO*

Apreciado Hermano,

Con ocasión de un nuevo aniversario de la Pascua de nuestro amado hermano, el Card. Raúl Silva Henríquez, sdb, varias Instituciones se reúnen bajo el techo de la Pontificia Universidad Católica de Chile, para hacer memoria suya y rendirle un sentido homenaje de gratitud y reconocimiento.

Como Presidente de la Fundación que lleva su nombre, me es grato saludar a quienes participan de dicho evento, en particular, a la Presidenta de la República, Señora Michelle Bachelet Jeria, a los Ex – Presidentes de Chile, a Mons. Alejandro Goic K., Presidente de la Conferencia Episcopal de Chile, a quienes han organizado el homenaje y a todos los amigos de Don Raúl, presentes en el acto.

Un hombre y un Cardenal de la estatura de Don Raúl no se puede olvidar, tampoco sus clarividentes enseñanzas. Sería desperdiciar parte del alma de Chile, que tanto apasionó a Don Raúl. Necesitamos que su voz siga resonando con fuerza, recordando como se construye el País que todos soñamos, en la fraternidad y la solidaridad, en el respeto incondicional de la dignidad humana, en los cimientos sólidos de la fe en Dios y de los valores del Evangelio de Jesucristo.

Gracias, muchas gracias, a quienes se empeñan en conservar el tesoro de su memoria. Gracias a quienes se empeñan para que su mensaje se transforme en realidad.

Con atentos saludos para todos.

**RICARDO EZZATI., SDB
ARZOBISPO DE SSMA. CONCEPCIÓN**

*Intervención del Presidente de la Conferencia Episcopal,
Monseñor Alejandro Goic Karmelic*

Este nuevo aniversario de la pascua del Cardenal Silva Henríquez transcurre en un tiempo muy especial para la Iglesia chilena. Acabamos de recordar esa gran bendición que significó para nuestro país la visita de Juan Pablo II, hace 20 años. Con emoción, hemos revivido esos históricos momentos que compartimos, entonces, también con don Raúl. Y en medio del júbilo del tiempo pascual que estamos comenzando, providencialmente estas fechas sorprenden a la Iglesia latinoamericana en un fecundo proceso de mirarse a sí misma, para evaluar su camino y discernir sus respuestas a los desafíos con los que el Señor nos interpela, como discípulos y misioneros suyos, para que nuestros pueblos tengan vida plena en Él.

Cuando el año pasado reflexionábamos junto a nuestras comunidades en parroquias, colegios, movimientos y congregaciones religiosas, acerca de nuestro modo de ser Iglesia, como un aporte a la V Conferencia de Aparecida, que se efectuará el próximo mes en Brasil; en numerosas ocasiones nos sentíamos iluminados por la figura señera de don Raúl Silva Henríquez, pastor, educador, profeta de nuestro tiempo.

Hoy tenemos la oportunidad de volver a gozar sus Memorias, y a la luz de ellas repasar un período tan importante de nuestra historia como país y como Iglesia. Leer y releer las Memorias del Cardenal Silva Henríquez es abrir las ventanas de un pasado que nos muestra sin eufemismos las caras ambivalentes de un Chile interpelado por las necesidades insatisfechas de su gente, y por una extrema polarización ideológica.

Ambivalencia que, con dolor, vemos que aún persiste en las profundas desigualdades sociales, económicas y culturales.

He podido conocer por estos días el sitio web del Cardenal Silva que hoy mismo ha sido publicado: *www.cardenalsilva.cl*. Gracias a las enormes posibilidades que nos ofrece la tecnología, asombra y emociona encontrarnos cara a cara con el registro documental de la historia de un hombre que encarnó la conciencia moral de un país en sus momentos más oscuros. Volver a oír su fuerte voz resonando en la Catedral Metropolitana, o recorrer las fotografías y los videos, son una experiencia tan necesaria como la lectura de sus Memorias.

No quisiera yo en esta oportunidad atribuir al Cardenal Silva especulaciones ni conjeturas sobre la hora presente. Pero es inevitable, al recorrer las páginas de estas Memorias y los recursos de este sitio web, descubrir en el mensaje y en el testimonio de este discípulo de Jesucristo una fuerza que nos estremece, en medio de una época de la cual no hemos aprendido todavía lo suficiente.

¡Cuánta vigencia tienen hoy sus palabras de entonces!
¡Con cuánta valentía este hombre no dejó nunca de exhortar a la unidad y al diálogo, muchas veces ante los oídos sordos y la incomprensión de tantos! Hoy, con la distancia que nos aporta el tiempo, admiramos su visionaria mirada acerca de la realidad política mundial y nacional, su aproximación audaz frente a los vertiginosos cambios sociales y culturales, su reflexión lúcida acerca de las opciones preferenciales de la Iglesia en los contextos de su época.

Los chilenos nos estamos acercando a la celebración del Bicentenario de nuestra Independencia. Sabemos que son muy importantes los puentes y las autopistas, también las grandes reformas sociales que el país necesita. El Cardenal Raúl nos invitó en su momento a meditar sobre el “alma de Chile”. Porque mirar hacia lo profundo de nuestros valores, de la identidad propia de nuestro pueblo, es un paso ineludible en estos doscientos años de la patria, para proyectarla hacia el futuro que ansiamos.

Permítanme en esta ocasión solemne, en que la figura de un pastor tan querido convoca a las más altas autoridades del país, permítanme poner sobre la mesa de los desafíos del Bicentenario aquello que el Cardenal Raúl soñaba para Chile. Él nos decía: “... mi deseo es que en Chile el hombre y la mujer sean respetados...”

... Quiero que en mi patria desde que un ser humano es concebido en el vientre de una mujer, hasta que llega a la ancianidad sea respetado y valorado. De cualquier condición social, de cualquier pensamiento político, de cualquier credo religioso, todos merecen nuestro respeto.

... Quiero que en mi país todos vivan con dignidad...

... Quiero que en Chile no haya más miseria para los pobres. Que cada niño tenga una escuela donde estudiar. Que los enfermos puedan acceder fácilmente a la salud. Que cada jefe de hogar tenga un trabajo estable y que le permita alimentar a su familia. Y que cada familia pueda habitar en una casa digna donde pueda reunirse a comer, a jugar y amarse entrañablemente.

... Quiero un país donde reine la solidaridad...

... Creo que quienes poseen más riquezas deben apoyar y ayudar a quienes menos poseen... Chile debe desterrar los egoísmos y ambiciones para convertirse en una patria solidaria.

... Quiero un país donde se pueda vivir el amor...

... Nada sacamos con mejorar los índices económicos o con levantar grandes industrias y edificios, si no crecemos en nuestra capacidad de amar. Los jóvenes no nos perdonarían esa falta...

... Pido y ruego que la sociedad entera ponga su atención en los jóvenes, pero de un modo especial, eso se lo pido y ruego a las familias ¡No abandonen a los jóvenes! ¡Escúchenlos, miren sus virtudes antes que sus defectos, muéstrenles con sus testimonios un estilo de vivir entusiasmante!

... Y por último, quiero para mi patria lo más sagrado que yo pueda decir: que vuelva su mirada hacia el Señor.

Un país fraterno sólo es posible cuando se reconoce la paternidad bondadosa de nuestro Dios”.

Gracias, Cardenal, por estas palabras de ayer que en este día leemos desde la realidad de hoy. Sepa, Don Raúl, que puede contar -al menos- con el empeño de la Iglesia que usted tanto amó. Confiamos en que lleguen a ser muchas las personas de buena voluntad que quieran hacer realidad su Sueño de Chile.

Y muchas gracias a todos ustedes por su compromiso para que el sueño de Chile de don Raúl sea su propio sueño. Dios los bendiga en ese esfuerzo.

†ALEJANDRO GOIC KARMELIC
OBISPO DE RANCAGUA
PRESIDENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL DE CHILE

Amigas y amigos del Cardenal, señoras y señores:

Es para mí un honor estar en esta actividad en que se recuerda y se rinde homenaje a este gran compatriota preclaro y digno como lo fue el Cardenal Silva Henríquez.

Y ésta es una ocasión excepcional para ese hombre excepcional, el que nos reúne en torno al octavo aniversario de su partida y en el año de su centenario.

La profundidad de su pensamiento, la sensibilidad de sus palabras y la consecuencia de su obra, hace posible que estemos hoy aquí tantas y tantos junto a destacadas personalidades de la Iglesia Católica que durante muchos años fue guiada por el Cardenal Silva Henríquez.

La verdad es que, y aquí ya ha sido dicho, no es habitual que coincidamos en un acto todos quienes han ejercido y quien actualmente ejerce el mando de la República para evocar y rendir un tributo de gratitud de la vida de una persona, y además con una gran coincidencia en los hechos que se han destacado por quienes me han precedido.

Un líder religioso que desbordó fronteras con la fuerza de sus convicciones y de su mensaje.

Es un hombre que le pertenece a todas las chilenas y chilenos, porque se puso al servicio de todos, y al servicio de la vida, en momentos de gran riesgo que supo afrontar con coraje ineludible.

Estoy segura de que todos los que aquí estamos, y aquí ha sido recordado por todos, efectivamente, recordamos con nitidez el inconfundible timbre fuerte y vigoroso de su voz. Yo nunca lo olvidaré. Timbre de voz que en las horas más oscuras de Chile se levantó para animar a todos quienes sufríamos. Una

voz que era a la vez apasionada y racional, paternal y cercana, rotunda y humana.

El Cardenal Silva Henríquez fue un mensajero de esperanza, de justicia y de verdad. Fue una fiel expresión de su doctrina y de su fe. Fue valiente y asertivo para advertir a quienes detentaban el poder, que había límites que nadie debía transgredir.

En abril de 1974, a pocos días de una muerte que me dolió en lo más profundo de mi corazón, la voz del Cardenal llegó a miles de hogares a través de Radio Balmaceda, en su homilía de Pascua de Resurrección:

"Hemos dicho que la violencia no genera sino la violencia, y que ese no es el camino de hacer una sociedad más justa y mejor. Hemos dicho a nuestro pueblo, a nuestras autoridades, que no se puede faltar a los principios del respeto al hombre, que los derechos humanos son sagrados, que nadie puede violarlos. Les hemos dicho en todos los tonos esta verdad. No se nos ha oído".

En medio del silencio de tantos que no podían, que no podíamos hablar, y de otros que pudiendo hacerlo callaban, sus palabras transmitieron en esa Pascua, a creyentes y no creyentes, la solidaridad de un hombre justo y valiente, así como la fe de que la vida prevalecería sobre la muerte.

Son tantas las palabras y los actos del Cardenal que - como el timbre de su voz- tenemos grabadas en nuestras mentes y en nuestros corazones.

Fue gestor de iniciativas vitales para la defensa y protección de miles de compatriotas, y para la defensa de los derechos humanos en nuestro país. Y nunca sabremos cuántos chilenos y chilenas salvamos nuestras vidas gracias a los esfuerzos que él encabezó desde el Comité Pro Paz y desde la Vicaría de

la Solidaridad, y gracias al contrapeso moral que opuso al desenfreno represivo de esos años.

Demostró la importancia y la fuerza del liderazgo espiritual, el poder de su mensaje y su autoridad moral. Fue el hombre justo en el momento preciso. Y Chile no terminará nunca de agradecerle.

Soy una convencida de que la historia no la hacen sólo algunos grandes hombres, y que los progresos de un país o de cualquier comunidad son el fruto de grandes y pequeños esfuerzos de hombres y mujeres conocidos y anónimos.

Pero ante el testimonio de vida del Cardenal Raúl Silva Henríquez, soy capaz de reconocer en él a una persona singular y descollante, que puso su impronta en la historia de Chile en el siglo XX.

A él también se aplican sus propias palabras a su amigo Eduardo Frei Montalva en su despedida, cuando señalara que Eduardo Frei Montalva fue un líder, un hombre que señaló rumbos y un hijo preclaro de la Iglesia.

En sus Memorias que relanzamos hoy, encontramos muchas de las claves de su personalidad y de sus convicciones, a lo largo de lo que describe en sus palabras de hombre de fe, como “el camino que el Señor, con su infinita delicadeza y bondad, quiso que yo recorriera junto a los hombres de mi tiempo”.

A través de sus páginas adquiere forma el hombre de Dios y de su época. Conocemos al humanista cristiano, democrático y social.

Encontramos un hombre multifacético y coherente. A un ser humano profundo, delicado, franco, culto y decidido.

Compartimos sus sentimientos, sus razones y convicciones más profundas, enraizadas en estrechos lazos familiares, en fuertes afectos y amistades, así como en el amor a su tierra y a su pueblo.

Recordamos, y aquí se ha hecho, su compromiso con los campesinos que lo convirtió en pionero de la Reforma Agraria. Y apreciamos su apoyo a la organización y a los derechos de los trabajadores.

Hombre de diálogo y de paz, no temió a la incompreensión ni a las amenazas para defender la dignidad de las personas y sus derechos, que consideraba sagrados e inviolables.

Amó a su Iglesia y vivió para servir a quien más lo necesitase, sin importar su origen o su credo.

Por eso el Cardenal Silva Henríquez, a su partida, dejó una Iglesia respetada, querida y creíble. Una Iglesia que se hizo más nuestra para todos los chilenos y chilenas, compartiéramos o no su fe. Una Iglesia más reconocida y más reconocible.

El Cardenal Silva Henríquez fue un hombre que interpretó los signos de los tiempos, como enseñara el Concilio Vaticano Segundo.

Pensaba que los dolores y las alegrías de la humanidad debían ser los de la Iglesia.

Hizo suya una visión de la caridad que, superando el puro asistencialismo, exige el compromiso cristiano con la justicia social.

Ese camino, que ya había sido abierto en Chile por hombres como el padre Alberto Hurtado, se expresaría, como aquí se ha recordado, en el lema escogido por el Cardenal Silva Henríquez: “La caridad de Cristo nos urge”, y posteriormente,

en el llamado del Papa Juan Pablo Segundo durante su visita a Chile: “los pobres no pueden esperar”.

Su labor fue múltiple. Podríamos decir que nada de lo humano le fue ajeno. Abarcó la educación, en los Salesianos, en la Pontificia Universidad Católica de Chile, en la Academia de Humanismo Cristiano, en el Blas Cañas -hoy Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez-.

Se ocupó de la vivienda, fundó hospitales como Indisa y bancos como el del Desarrollo.

Cómo olvidar su permanente preocupación por los niños y las obras que nos lega. Siguiendo a su Maestro, deja que los niños se acerquen a él y nos regala una de las postales más hermosas del Chile del siglo XX, donde vemos al Cardenal rodeado de niños en la Aldea que fundó en Punta de Tralca, contento, con su poncho y su boina, en medio de decenas de pequeños ojos que le muestran cariño, admiración y alegría.

Silva Henríquez, además, con su acción y su palabra centrada en la dignidad de las personas y en los derechos humanos, contribuyó decisivamente al reencuentro de los demócratas, al reencuentro de los humanismos cristiano y laico, lo que haría posible la recuperación de la libertad y la democracia.

Siempre he pensado que ese reencuentro de quienes tanto habíamos divergido ideológicamente, en la común adhesión a esos derechos universales, comenzó a manifestarse en Chile durante el año 78, en torno a reflexiones y actividades que el Arzobispado de Santiago organizó, para lo que el Cardenal bautizaría como el “Año de los Derechos Humanos”.

Fue a partir de entonces que los derechos humanos, como aquí también se ha señalado, se fueron transformando en un marco doctrinario dialogado y compartido, en fundamento y

finalidad ética de la acción política para todas las personas que participamos en la lucha por la democratización.

Sobre esta universalidad de los derechos humanos fue posible también generar un espacio de convergencia entre distintos sujetos sociales y políticos, entre organizaciones e instituciones que tenían diversas visiones del ser humano, de la sociedad y de la política.

El compromiso con los derechos humanos que nos predicara con su palabra y su ejemplo el Cardenal Silva Henríquez, nos condujo a ser coherentes en la acción por la realización progresiva del conjunto de estos derechos, con procedimientos que se derivan también de ese marco ético compartido.

Ello se ha traducido, además, en la necesidad de desarrollar reformas en los terrenos sociales y económicos en un sentido de mayor justicia social y haciendo realidad la opción preferencial por los pobres, a través de métodos estrictamente democráticos y con la adhesión de las mayorías ciudadanas para realizar estas transformaciones.

Y en nuestras tareas cotidianas, nos guía la voluntad de ir construyendo un Chile en que cada vez más se vaya haciendo realidad su legado.

Y si el Cardenal nos hablaba de la importancia de la unidad y el diálogo, nosotros compartimos eso, y creemos que para el diálogo es necesario que estén todos presentes.

Y cuando hablamos de igualdad de oportunidades, pensamos que necesitamos pasar de una educación en que todos tengan acceso, a una educación para todos de calidad.

El Cardenal nos dijo:

“Hay que rescatar la supremacía del hombre, la inviolabilidad de toda persona humana, la intangibilidad de sus derechos: su derecho a la tierra y a la vivienda, su derecho a la educación y a la salud, su derecho al trabajo y al descanso, su derecho a sindicarse y agremiarse, su derecho a expresarse e informarse, su derecho a participar responsablemente en las decisiones ciudadanas, su derecho a elegir en conciencia su camino y su fe”.

Profunda es la huella que deja Raúl Silva Henríquez entre nosotros. Un hombre bueno, un hombre justo, querido por todos los chilenos, acogido y admirado en todas partes del mundo.

Nuestro corazón sigue sintiendo, como él dijera, “una profunda rebeldía ante la mentira, la violencia, la injusticia, la prepotencia y la falta de respeto de los derechos humanos”.

Como ven, el Cardenal fue un líder que señaló rumbos, tan válidos hoy como ayer.

Hay hombres que pasan y sin embargo se quedan en nosotros. Son aquellos que un día nos entregan palabras y gestos que nos quedan grabados para toda la vida. Personas a las que el pasado no las logra contener, que no son un recuerdo, sino que son una compañía. De este temple es el Cardenal Silva Henríquez.

Y por eso este homenaje, es el homenaje de su patria, y es también nuestro compromiso de seguir escuchando su mensaje.

En su funeral, la gente sencilla salió masivamente a la calle y decía y recordaba: “Raúl, amigo, el pueblo está contigo”.

Yo quiero decir acá: “Cardenal Silva Henríquez, su mensaje sigue vigente, sigue estando entre nosotros y no descansaremos hasta hacerlo realidad”.

MICHELLE BACHELET JERIA

TESTAMENTO ESPIRITUAL DEL CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ

Mi palabra es una palabra de amor. He buscado a lo largo de mi vida amar entrañablemente a mi Señor. A Él conocí desde niño. De Él me entusiasmé siendo joven. A Él he buscado servir como Sacerdote y como Obispo. Si tengo una invitación y un ruego que hacer con vehemencia es precisamente este: que amen al Señor. Que conozcan su Palabra. Que lo escuchen en la oración. Que lo celebren en los sacramentos. Que lo sirvan en los pobres. Y que pongan en práctica su Evangelio en la vida de todos los días.

Mi palabra es una palabra de amor a la Santa Iglesia. Fue la Iglesia doméstica en mi familia, la que me enseñó a orar y a servir. Fue la Iglesia la que me educó en el amor y me regaló la fe. Fue la Iglesia la que me llamó, por el ejemplo de Don Bosco, a servir a los jóvenes y a los pobres. Fue la Iglesia la que me dio grandes responsabilidades a pesar de mis limitaciones. Fervientemente eso les pido: amen a la Iglesia. Manténganse unidos al Papa y a sus obispos. Participen activamente en la comunidad eclesial. Tengan misericordia con sus defectos, y sobre todo sepan apreciar su santidad y sus virtudes. Procuren en todo momento que ella proclame con alegría y entusiasmo la Buena Noticia que su Maestro le encargó anunciar a todos.

Mi palabra es una palabra de amor a Chile. He amado intensamente a mi país. Es un país hermoso en su geografía y en su historia. Hermoso por sus montañas y sus mares, pero mucho más hermoso por su gente. El pueblo chileno es un pueblo muy noble, muy generoso y leal. Se merece lo mejor. A quienes tienen vocación o responsabilidad de servicio público les pido que sirvan a Chile, en sus hombres y mujeres, con especial dedicación. Cada ciudadano debe dar lo mejor de sí para que Chile no pierda nunca su vocación de justicia y libertad.

Mi palabra es una palabra de amor a los pobres. Desde niño los he amado y admirado. Me ha conmovido enormemente el dolor y la miseria en que viven tantos hermanos míos de esta tierra. La miseria no es humana ni es cristiana. Suplico humildemente que se hagan todos los esfuerzos posibles, e imposibles, para erradicar la extrema pobreza en Chile. Podemos hacerlo si en todos los habitantes de este país se promueve una corriente de solidaridad y de generosidad. Los pobres me han distinguido con su cariño. Sólo Dios sabe cuánto les agradezco sus muestras de afecto y su adhesión a la Iglesia.

Mi palabra es una palabra de amor especial a los campesinos que trabajan con el sudor de su frente y con quienes compartí desde mi infancia. En ellos hay tantos valores que no siempre la sociedad sabe apreciar. Quiero pedir que se los ayude y se los escuche. A ellos les pido que amen y que cuiden la tierra como un hermoso don de nuestro Dios.

Mi palabra es una palabra de amor a los jóvenes. En los primeros y en los últimos años de mi ministerio sacerdotal a ellos les he dedicado de un modo especial mi consejo y mi amistad. Los jóvenes son buenos y generosos. Pero necesitan del afecto de sus padres y del apoyo de sus profesores para crecer por el camino de la virtud y del bien. La Iglesia y Chile tienen mucho que esperar de una juventud que está llamada a amar con transparencia y cuya voz no puede ser desoída.

Mi palabra es una palabra de amor a mis hermanos obispos y a los sacerdotes que con tanto celo sirven a su pueblo. Doy las gracias a quienes colaboraron conmigo en tantas tareas hermosas que emprendimos, primero en la amada Iglesia de Valparaíso, y después en esta muy amada Iglesia de Santiago. A los laicos que lealmente me dieron su amistad y su cooperación

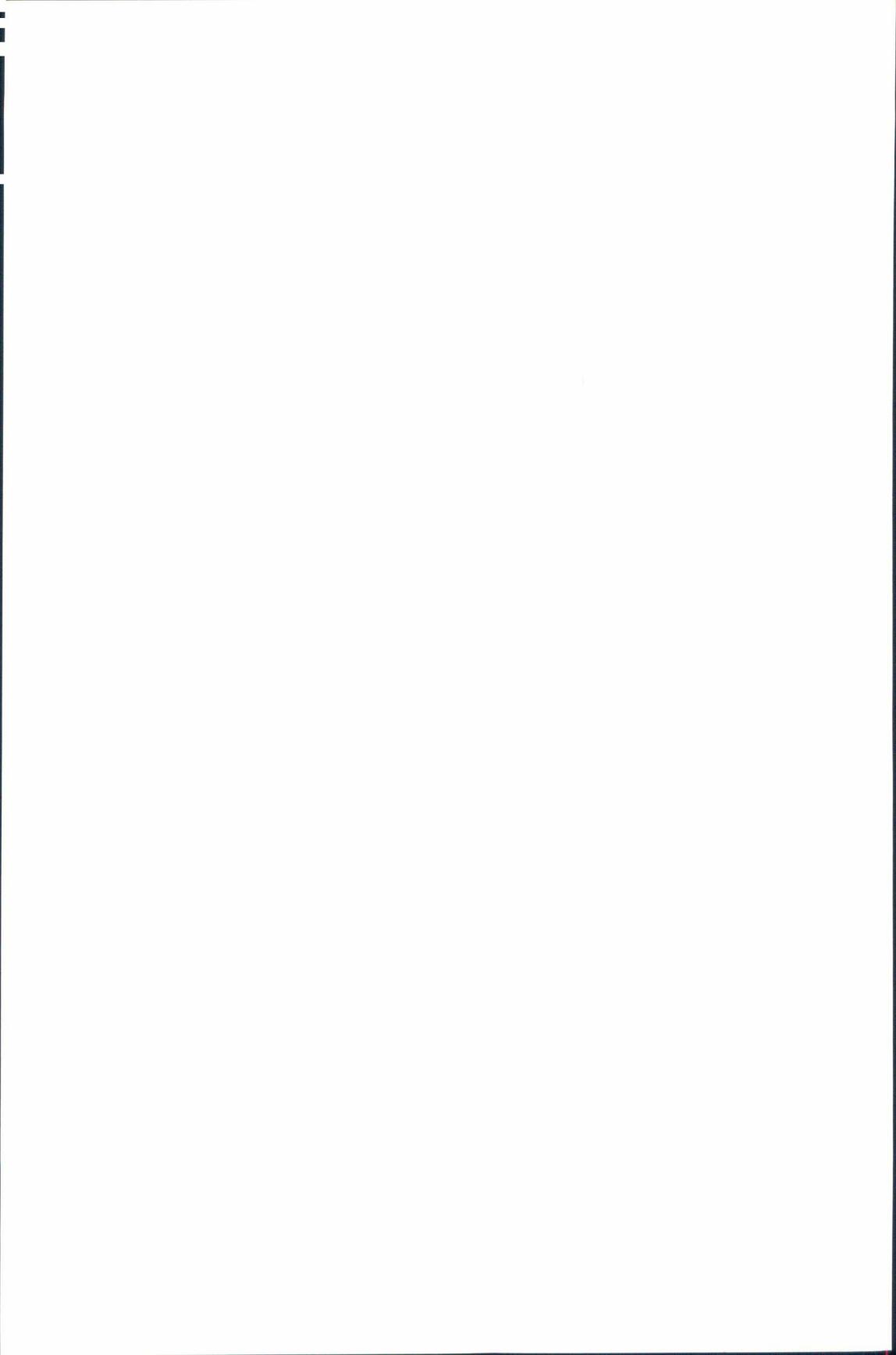
les deseo que su trabajo sea comprendido y valorado. Que no se cansen en su servicio. Y que cuiden de un modo especial a sus familias.

Mi palabra es una palabra de amor a todos. A los que me quisieron y a los que no me comprendieron. No tengo rencor. Sólo tengo palabras para pedir perdón y para perdonar. Sólo tengo palabras para agradecer tanta bondad que he recibido.

A la Virgen Santa me encomiendo, ya que ella es el auxilio de los cristianos. A todos les doy mi bendición en el nombre del Señor.



Raúl Cardenal Silva Henríquez





• DON ASCANIO CAVALLO,
EDITOR DE LAS MEMORIAS.



• LA ORQUESTA DE NIÑOS DE LOS SAGRADOS CORAZONES DE MANQUEHUE
DIRIGIDA POR DON RICARDO LOBOS.



· LA PRESIDENTA SRA. MICHELLE BACHELET ACOMPAÑADA DE DON REINALDO SAPAG, AL INGRESAR AL SALÓN CARDENAL JUAN FRANCISCO FRESNO.



· DON REINALDO SAPAG SE DIRIGE A LA CONCURRENCIA, DANDO INICIO AL ACTO DE HOMENAJE.



· ALGUNAS DE LAS AUTORIDADES ASISTENTES. AL EXTREMO DERECHA LA HERMANA DEL CARDENAL SILVA HENRÍQUEZ, LA SRA. CLEMENTINA.



· DON PATRICIO AYLWIN AZÓCAR



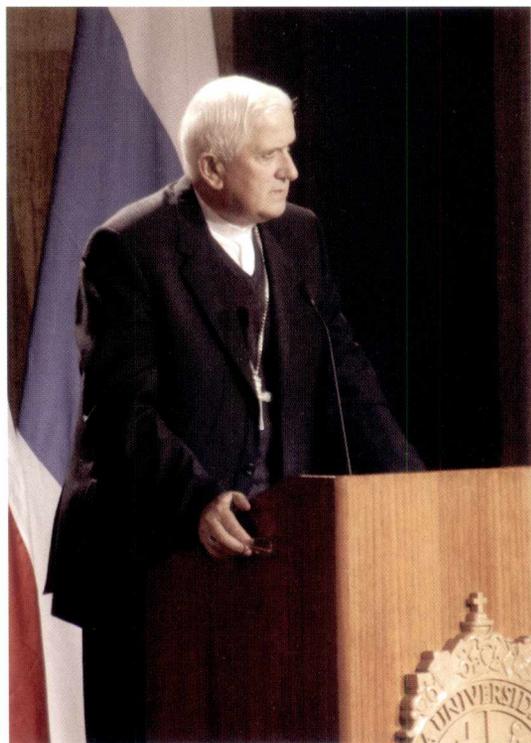
· DON EDUARDO FREI RUIZ -TAGLE



· DON RICARDO LAGOS ESCOBAR



· PADRE NATALE VITALE FORTI, INSPECTOR DE LA CONGREGACIÓN SALESIANA, DANDO LECTURA A CARTAS DE SALUDO DEL CARDENAL TARCISIO BERTONE, SECRETARIO DE ESTADO VATICANO Y DE MONSEÑOR RICARDO EZZATI, ARZOBISPO DE CONCEPCIÓN.



· MONSEÑOR ALEJANDRO GOIC KARMELIC, PRESIDENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL.



• CARDENAL FRANCISCO JAVIER ERRÁZURIZ Y LOS OBISPOS:
ANDRÉS ARTEAGA, FERNANDO CHOMALI Y TOMÁS GONZÁLEZ.



• VISTA PANORÁMICA DEL PÚBLICO ASISTENTE.



· TESTERA OFICIAL DEL ACTO.



· SRA. MICHELLE BACHELET JERIA, PRESIDENTA DE LA REPÚBLICA.

